

## XLI

## LLEGADA AL PARADOR

Se hace alto. Un farol arde á los piés de una Virgen. Allí es. El viajero piensa en las blancas sábanas; el cochero tropieza, jura y grita:—¡Eh, los de la posada! Y el silencio obscuro se llena de aullidos de perros.

El dueño de la casa preséntase en camisa y con una zapatilla puesta; la puerta abre una hoja y un ojo la posadera; la luz tiembla, y el viento que sopla asusta en el umbral á la sirvienta de redondos ojos

## III

## EL PENSAMIENTO

I

EFFECTOS AL DESPERTAR

Abrense los ojos; nada se mueve; á la cabecera del lecho se oye palpar el reloj; la livida ventana parece un espectro; se yace como un difunto. Se despierta. ¿Por qué? Porque la víspera se despertó á la misma hora. Como mecanismo enmohecido, viejo, pero exacto, el alma tiene sus costumbres.

La noche es la más sombría de las soledades. Aparece la hora, que entra y sale como un barquero de río de las sombras, y nuestro espíritu lo ve todo en la negrura; pasos sin objeto, duelos sin fin, males innumerables. El sueño que se tenía y que temblaba en las tinieblas, se ajusta al indistinto pensamiento que se tiene. Reaparecen todos los abismos á cuyo borde nos llevó ese fantasma conocido con el nombre de casualidad; yérguense ante nosotros las mismas visiones temibles; el precipicio aquí, allá el desmoronamiento, más allá la caída, en otro lado lo que huye, lo que miente, lo que mata, y allá, en la áspera transparencia, los vagos brazos que eleva hacia los cielos la pálida esperanza. ¡Qué triste se está! Se siente un espanto inexplicable, se cree tener delante la pared del sepulcro; se medita, asustado por las cosas posibles; se borran las orillas; se ve á los invisibles, á los

ausentes, á los que faltan, tal muerto ó tal muerta; se les tiende la mano; ¡sombra y sueño! Vuelve uno á dormirse.

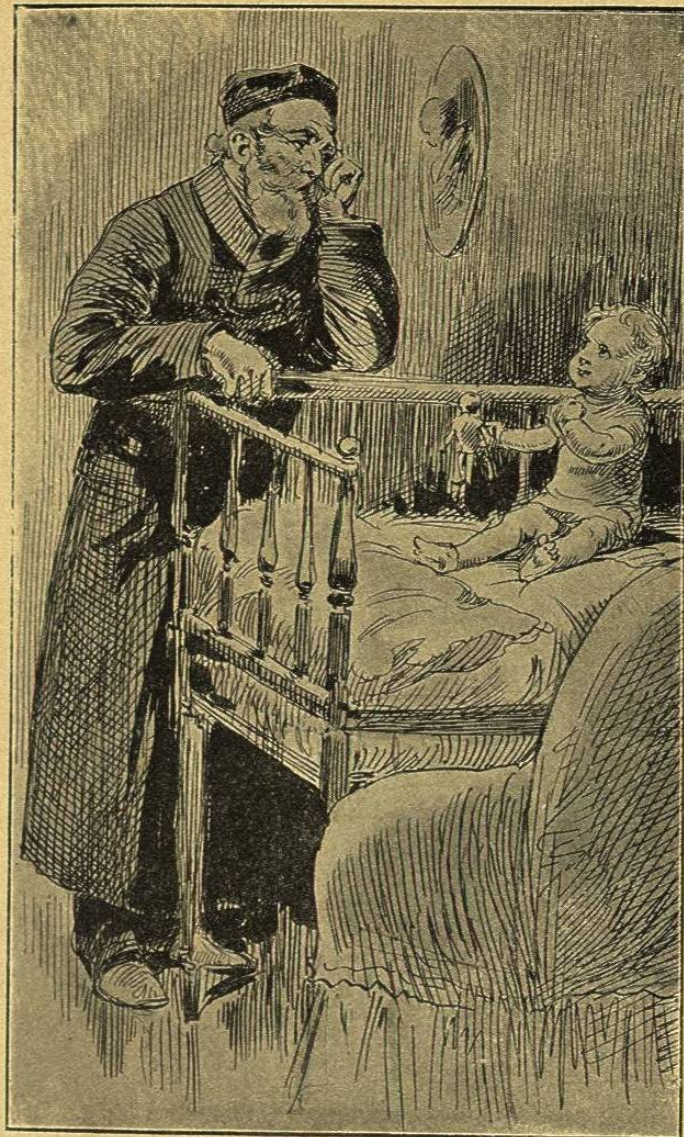
¡Alzate, hombre! Ha llegado el día, la risueña aurora, el color azul del cielo; y ¿qué recobra su poder? La vida, el canto de los pájaros, el grito del trabajo, el brillo de las campiñas, de los aires, de las aguas; la noche agita un negro sudario, la aurora agita una mantilla; todo lo que se acaba de ver en espectro vuelve á verse en forma de ángel; se ve al hijo viviente del padre que vimos; el mundo reaparece tan claro como antes; no conoce el hombre á su alma, que era negra y se ha tornado blanca, que espera y principia de nuevo á creer, á sonreír, á desear; ante los ojos se tiene un deslumbramiento dorado, alegre, que canta, una mezcla desconocida de destellos rosados; y todo el hombre ha cambiado, porque se ven las cosas, los seres, Dios, los corazones, los amores, el destino, á través del cristal espléndido de la mañana.

14 de Septiembre de 1852.

## II

### EL NIÑO

Quando nos mira el niño, sentimos que Dios nos mira; quando llora, oigo al trueno rugir, porque pensar es oír, y el visionario es con frecuencia avisado



por un vago trueno. Cuando la criatura, doblando humildemente sus tiernas rodillas, fija en nosotros su mirada, no sé por qué me estremezco; cuando aquella alma, que todavía no es hombre ni es todavía mujer, en la que nada siente y admira y nada se arrepiente; sin sexo, sin pasado de aquellos que se arrastran tras del adulto, vierte, á través de las pestañas de su rosado párpado, su claridad, en la que se siente el ruego, sobre nosotros los combatientes, los vencidos, los vencedores; cuando aquel recién llegado parece interrogar á nuestras almas; cuando aquel ignorante, lleno de una claridad que nada borra, parece mirar de frente á nuestra ciencia, y deja caer, en esta obscuridad que atraviesa Adán desterrado, no se sabe qué rayo de ensueño y de infinito; sus rubios cabellos forman una aureola en torno de su frente, y cómo se ve que ayer era el espíritu que vuela! ¡Cómo se ve que le falta el ala á aquel pequeño pie blanco! ¡Oh! ¡Qué débil y delicado es y cómo vacila! ¡Qué claro se adivina, en el grito de aquella boca, un sueño del paraíso que se prolonga hasta en el infierno y del que la tierna criatura no quiere despertar! El hombre que tiene un pasado, tiembla al pensar en aquel porvenir. ¡Qué fatal aparece la vida! ¡Cómo se piensa en tantas penalidades con tan poca recompensa! ¡Oh! ¡Cuánta ternura para aquel recién venido! Y, sin embargo, ¿qué es el niño? ¡Oh hombres! Lo desconocido. ¿Qué fué? El enigma. ¿Qué trae? El alma. Apenas vive, tan delicado es, que pide apoyo aun á la débil hierba que dobla el más suave soplo. A veces, cuando guarda silencio, se cree que murió, porque se supone que todo lo terreno puede herirle. ¿Y qué hace él? Se ríe. Hecho de sombra, de debilidad, de todo lo que tiembla, no tiene miedo á nada. Es entre nosotros el solo ser virgen y completo; el ángel se torna niño cuando empuqueñece. Si toda pureza encierra toda justicia. no

puede verse al niño sin sentir cierto terror; porque se siente que se está ante un ser más justo que uno mismo; él es el átomo, el enano sonriente, el pigmeo; y cuando pasa, honor, gloria, fama, renombre, todo medita, y el hombre se pregunta si debe orar. Se medita; y los más grandes son los que están más inquietos; su alta excepción en nuestra oscura esfera consiste en que, no habiendo hecho nada, ningún mal pudo hacer por sí solo. Es el mundo un misterio inundado de claridad; el niño está abrigado bajo el adorable enigma; todas las verdades, condensadas, coronan la suave frente que aún no tiene pensamientos; se comprende que el niño, ángel de nuestros dolores, tan pequeño aquí abajo, debe ser grande en otra parte. Se arrastra, tropieza; no tiene estatura; carece de seguridad, así en la voz como en el gesto; un soplo, al que la flor resistiría, quiebra aquel ser al que asusta el grillo del hogar; vacila el ojo mientras el labio balbucea; en aquella cándida mirada, que la ignorancia alegre, la admiración confúndese con la gracia; y el inmenso fulgor estrellado está en el fondo.

Se diría, hasta tal punto la infancia refleja al templo, que la luz, cosa extraña, nos está contemplando. Toda la profundidad del cielo se ha la en aquel ojo. En aquella pureza sin turbación y sin orgullo se revela no sé qué augusta persona; y la virtud no teme sino á un juez: á la inocencia.

Junio, 1874.

## III

## LA MUJER

He dicho no sé donde, que observando lo desconocido en sus más negras leyes, los pensadores de otros tiempos estudiaron la formación de Eva. Uno hizo de ella su problema, otro su sueño. Existiendo en todo el horror sagrado, ¿era posible que la mujer, ese ser oscuro, poderoso, sutil, fuese doble, y á la vez desconocida y carnal, crease fuera de ella la aurora, teniendo la noche dentro?

¿Se habría ocultado la lechuza en el alción? ¿Quién dirá el secreto de la creación? ¿Quién puede conocer á fondo aquellos abismos denominados gérmenes, instintos, ríos, efluvios? ¿Es que el Vesubio y el Etna, los reflujos de energía que se emplean en esfuerzos superfluos, el vasto temblor de las hojas que se mueven, los huracanes, las flores, los torrentes, las nubes, no pueden concluir por hacer un vapor que se condensa en mujer y del cual el sabio tiene miedo? Todo hace todo, y el mismo cráter insondable crea en Thulé la lava y la rosa en Cytera. Nada sale de los volcanes que no entre en los corazones. Los pájaros del bosque ríen triste y burlescamente por encima del crédulo enamorado. ¿No es esto obra de la serpiente, que vagamente ondula en la esbelta belleza de las vírgenes de desnudos senos?

Los grandes sabios eran unos ingenuos muy grandes; no conocían la forma de este globo, pero pálidos, sentían arrastrarse sobre ellos la falda de la sombría caminante, de Isis, la del negro velo. Todo se torna sospecha cuando Nada es lo que se sabe; para Lucrecio mentía el dios, para Job era un embustero el querube; se acusaba de traición al abismo; se creía capaz al caos de engendrar á la mujer para agradarnos y embriagarnos y para hacer subir hasta nosotros sus vapores.

Sicilia, la extraña Grecia, la Idumea, Irán, Egipto y la India eran lugares apartados. ¿Quién sabe lo que los vientos, las brumas, los torbellinos pudieron encontrar allí de sombrío para el alma femenina? Los trágicos bosques de la cordillera de los Apeninos, la feroz fuente que corre copiosamente bajo el Olimpo, á través de los pinos y los abedules, el antro de Beocia, en el que en la difusa sombra se siente un no sé qué que se ofrece y se rehusa, Chipre y todos sus perfumes, Delfos con todos sus rayos, el lirio que cogemos, el azul que vemos, todo esto es augusto, y quizás sea infame también. Todo para ellos era esfinge, y, cuando una mujer se dirigía á ellos, hablando con su dulce voz, ¿quién sabe? posible es que Hermes, y Dédalo, los bosques, las nubes, las aguas, y la imponente Cibeles, todo el enigma, en fin, hallárase mezclado en la hermosa.

El universo tiene por fin á ese monstruo encantador. La furiosa bacante es ya casi un comienzo de la mujer quimera, y antiguos anales hacen saber que Abril era el mes de las bacanales y que la libertad de tales fiestas aumentó los fieros impudores de la naturaleza desbordada. La naturaleza da en todas partes el ejemplo de la sombría unión en que el alma oprime

á la forma. La rosa es una niña; y lo que la mariposa hace á la planta es lo que el surco hace al grano. Se ignora lo que es la terrible vegetación. El horror de los bosques une á Flora con Briareo y casa á una flor con el árbol de cien brazos. Tú que bajo la espuela de Apolo te encabritas ¡oh caballo de Pindo! temblando sus narices cuando pasaban las ninfas viperinas, y sintiendo allí sombra hostil á tu claridad, huías ante la siniestra Astarté. Y Terpandro lo vió, y Platón lo ha referido.

La mujer es una gloria y quizás una vergüenza para el divino y sospechoso abrazo que la hizo. Basta para todo bien y para todo mal. Odio, amor, fango, espíritu, fiebre; participa del abismo, y su principio no fué otra cosa que la materia ciega. Es el mes de Mayo hecho carne, viviente, cantando. ¿Qué es la primavera? Una orgía. La muerte de la inocencia coincide con el nacimiento de la mujer. Los viejos pensadores vieron como la flor que nos embalsama tornóse mujer á la hora en que el astro se enciende en el cielo; y, para Orfeo y para Ezequiel, la naturaleza, no siendo sino un vasto himeneo, vió en tal desorden el esbozo de un ser tentador: es la mujer.

La mujer es espectro y máscara, y nuestro destino es atravesado por ella constantemente; entra, flota en él, y sale. ¿Qué nos quiere? ¿Tiene un fin? ¿De qué modo se ocultó esta visión vagamente divisada? ¿Es acaso un soplo nocturno que parece un alma errante y que se desvanece?

Los taciturnos hombres son un bosque y la sombra cubre sus pasos, su voz, sus ojos, sus rumores, su número. Bajo los altos firmamentos, el género humano está lleno de encrucijadas y de cruces; y la

mujer es lo bastante blanca para ser vista á través de aquella enorme y tétrica claraboya. La visión desaparece y queda el susto. Desde las encinas de Dodona, desde los cedros de Mambré, el hierofante, sorprendido lo mismo que el patriarca, mira como avanza el inquietante fantasma.

No, nada nos dirá lo que en el fondo puede ser esa criatura en quien Dios se confunde con Satán, que en su esencia resume la enorme sombra.

Los antiguos paganos creían en la omnipotencia del abismo, del lecho sin fondo, del elemento; acechaban el mar en su alumbramiento; para ellos, lo que salía de la inmensa tempestad, de toda la onda presa de los dementes hálitos y de la verde ola constantemente atormentada, era la divina esfinge femenina, la Belleza, completamente desnuda, infernal, celestial, insondable. ¡Oh, abismo! ¡Puede haber algo más formidable bajo los cielos más negros y desconocidos, que el océano con Venus por espuma!

8 de Abril de 1874.

#### IV

Ningún ala se posa mucho tiempo aquí abajo. Cuando pequeña, tenía un pájaro; le alimentaba con pan y con rocío y velaba por su nido como hubiera podido velar una cuna. Cierta noche escapó. ¡Qué lastimeras quejas! Acudió á mis brazos con lágrimas en los ojos... ¡Jóvenes, dejad; dejad oh jóvenes madres! que los pájaros vuelen y mueran los niños!

Una ley superior quiere que todo nos abandone; algún día sabremos el secreto del Señor. Ella crece. ¡Va tan deprisa la vida! Tuvo un dulce niño, un hermoso ángel, un amor. Una noche ¡oh desgracia de las cosas efímeras! el niño se extinguió silenciosamente, sin llorar, sin sufrir... ¡Jóvenes, dejad; dejad oh jóvenes madres! que los pájaros vuelen y mueran los niños!

22 de Junio de 1842.

#### V

Procura tener el alma dispuesta al bien, si la suerte te hizo rico. Sé reflexivo, humilde y dulce; disminuye, inclinándote, tu excesiva estatura, y acuérdate de que Dios se eleva hacia el que se baja.

Nunca despiertes bruscamente á tu esclavo; deja dormir al buey que abre el surco; senador, compadecete al pobre, y que tu laticlave (1) tenga piedad del harapo.

Sirve al que te sirva, porque quizás valga tanto como tú; piensa que tiene un derecho como tú tienes un deber. Cuida de los pequeños, de los débiles. Sé el amo que para tí quisieras.

(1) Laticlave. Del latín *latus*, ancho, y *clavus*, clavo: túnica blanca con una ancha banda de púrpura que llevaban los senadores romanos.—(N. del T.).

## VI

## Á LOS QUE COMETEN FALTAS LEVES

Sé avaro del menor extravío de la honradez. Sé justo en detalle. Contemplar dolores, reír junto á ellos; mentir por gusto, trampear por un céntimo, cosas son que no te hacen perder nada en tu propia estima. Pues bien, ¡cuidado! Todo concluye por amontonarse. Las cosas que haces casi sin pensar, vagas improbidades á veces no percibidas por tí mismo, son salidas hacia el mal, y por ellas bajas á la negrura. El pesado cable se hace con hilos miserables. ¿Qué es el Océano? Una onda sobre otra. Un gusano hace un abismo, un piojo construye un mundo; una á una recoge el águila las pajas de que consta su enorme nido. Un montón de pequeños hechos poco escrupulosos acaba por hacer el total de una mala acción; y, de átomo en átomo, va el hombre cargándose hasta el punto de que, cuando llegue el solemne juicio, se tiene el peso de un criminal, no siendo sino un imprudente. Hombre, la conciencia es una minucia. El alma se ensucia más fácilmente que el armiño. Sin reducirse, el alba entró siempre en todas partes. No creas que, aun cuando sean introducidos en los menores rincones del alma, la probidad, el honor, el derecho y la justicia se queden más pequeños.

## VII

## LAS CUATRO DE LA MAÑANA

¡Hombres! Mi Dios sonríe. El alba despierta a pájaro arador, á la hormiga, á la flor campestre, á la abeja, á los nidos susurradores, á las cabañas, al bosque de las ramas innumerables, á los campos, al Océano, al sol, que sale tras las montañas, á mi alma, que está detrás de los males.

Mi Dios sueña. Construye el lirio en el misterio; su dedo ayuda al topo á hacer un hoyo en la tierra; pinta los hermosos rosales rojos; la inmensidad contempla, inclinada sobre su obra; con el ala de un escarabajo hace la admiración de los soles.

Vuestros enormes barcos, que caminando bajo las estrellas, hacen que los vientos se detengan en el hueco de sus velas, monstruos que el hombre impone á los mares, fatigando con su peso á la extenuada brisa, y arrastrando cada uno de ellos un nublado lleno de rayos y de relámpagos;

vuestros cañones, vuestros soldados, cuya olímpica marcha de un oscuro extremo de la tierra hace una épica llanura, vuestras banderas de arrogantes pliegues, vuestras batallas que arrasan los sembrados, vuestras matanzas, vuestras carnicerías, vuestros cho-